

PRESENTACIÓN

A lo largo de dieciocho años, Miguel Espinosa escribió hasta tres versiones de *Escuela de mandarines*; y, de cada una, varias redacciones. Con el título *Historia del Eremita*, ofrecemos aquí la versión primera —compuesta entre enero de 1954 y diciembre de 1956, cuando el autor apenas contaba treinta años—, que difiere sustancialmente de la definitiva. Aun así, ya muestra la gracia en el decir y el sistema de ideas que sostendrán el libro, con la distinción, fundamental, entre cosas primeras, últimas y contradictorias. La edición incluye, como apéndices, pertenecientes a esa época, una breve pieza, *El bufón y el príncipe*, y un texto sobre la filosofía política de los mandarines, preparado para el Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, que por entonces dirigía Enrique Tierno. En relación con este ensayo, impresiona comprobar cómo el mundo mandarinesco se manifestaba ante Miguel Espinosa: como si fuera Naturaleza, descubierta y por descubrir; como algo objetivo y autónomo, anterior, en cierto sentido, a su propio creador. Platonismo del artista.

Historia del Eremita está bajo el influjo de Suetonio y Plutarco, los Evangelios y Nietzsche; también, en menor medida, de Goethe, y del entomólogo francés Henri Fabre, del que Espinosa hace una sentida y personalísima lectura.

De menor riqueza léxica y complejidad sintáctica que *Escuela de mandarines*, y con un índice de personajes y materias más reducido, *Historia del Eremita* presenta, como es natural, algunos detalles pendientes de ajuste. A cambio, ofrece temas propios; y la frescura y el encanto de

las primeras formulaciones; la posibilidad de contemplar una gran obra en estado naciente.

El Eremita recuerda al Zaratustra de Nietzsche, sobre todo al principio. Como él, es viejo, arrogante y áspero; como él, compone discursos y canciones; y, como él, desarrolla un lirismo de la interioridad, en el que el yo, para aliviar su soledad, conversa con las cosas, o se divide en varias instancias (en este caso, corazón, alma y ser), que dialogan entre sí. De todo esto, quedará poco, casi nada, en *Escuela de mandarines*.

Que el Eremita fuera viejo, no es asunto menor. La vejez del personaje debió de ser sin duda un auténtico obstáculo interno de cara a la cabal expresión del autor, un hombre joven. Y si las mujeres no aparecen, de hecho, en esta versión (extraordinaria ausencia, tratándose de Miguel Espinosa), es porque no podían aparecer, de derecho, dada la edad del protagonista, so pena de hacerlas objeto del malhumor y de los sermones de un viejo.

Como portavoz de las cosas, de las cosas primeras, otro nombre de la Naturaleza, el Eremita predica la modestia, de acuerdo con la condición efímera del hombre. “Sed modestos”, dice. Pues bien, su arrogancia y aspereza no se compadecen con el contenido de esa predicación, el imperativo de modestia. Espinosa resolverá la disonancia, en *Escuela de mandarines*, de dos maneras:

- Dotando al Eremita de un carácter misteriosamente sereno, que ni siquiera se verá alterado por el odio que siente contra los mandarines (el viejo Eremita de la introducción y del epílogo conserva rasgos del primitivo, aunque no juega papel alguno, claro está, en el relato propiamente dicho).

- Corriendo un velo sobre su discurso inicial al pueblo; y, en general, presentándolo por encima de cualesquier doctrinas y mensajes, incluso heterodoxos; en la actitud del que escucha y aprende, no en la del que habla y enseña. Lo hará autor, sí, de la *Orgía en el valle de Tabladillo*, capítulos 29 y 30; pero se trata de una obra puramente estética, que trasciende toda posición ideológi-

ca, toda intención doctrinal. Sometido el personaje a este proceso de purificación, nuevas voces tendrán que hacerse cargo, ahora, de las cosas que él decía antes: por ejemplo, la muchacha que canta y baila, del cap. 7; el santo, del cap. 9; el teólogo que saluda al sol, del cap. 57; o el predicador de calendarios, de los cap. 31 y 70.

En esta versión, el Eremita es juzgado por los mandarines, acusado de heterodoxia. No se defiende, desde luego; pero asistimos a su declaración, todo un discurso, tras un incidente procesal (se advierte aquí la formación jurídica del autor), y a su condena a muerte. Y, después de que permanezca en la cárcel durante cierto tiempo, nos enteramos de que ha sido absuelto por el Gran Padre, a instancias del Príncipe. ¿Los motivos de la imperial apelación? Poco creíbles, aunque llenos de humorismo. Cada vez que los mandarines juzgan a un heterodoxo, se escandalizan al escucharle, y se rasgan las vestiduras; y el Tesoro ha de reponerlas, siendo muchas y riquísimas, con daño para el Príncipe, que necesita esas ropas, o ese dinero, a fin de equipar a sus soldados, ahora más que nunca, pues el Imperio se halla en guerra. En *Escuela de mandarines*, la costumbre de destrozarse y reponer túnicas queda relegada al pasado, más o menos lejano, de la Feliz Gobernación, como curiosidad histórica; sin peso, pues, en la intriga. Y el juicio contra el Eremita, si es que lo hubo, no llega a verse. El lector sabe que se salvó al cabo; pero ignora en qué circunstancias, cómo y por qué, quedó libre. Y esta salida, que podría considerarse como un rodear el nudo, un pasarlo por alto, resulta, en verdad, la más artística de las soluciones.

El corazón, el alma y el ser del Eremita constituyen, en sus relaciones, con él mismo, una especie de sagrada familia, fuente de ricas sugerencias; con el Eremita como “padre”; el alma y el corazón como “hijos” (aunque de distintas madres; aquélla, la hermana mayor, y éste, el pequeño); y el ser, en fin, como padre del padre, por tanto, como “abuelo”. En el capítulo *La calidad irremediable*, el parentesco se extiende a la Naturaleza, pero con otros

grados. Y el sol es saludado por el Eremita como padre de su ser, por tanto, como su “bisabuelo”.

El lirismo de la interioridad, hemos dicho. En *Escuela de mandarines* presenciamos un lirismo muy distinto: el de la intimidad, que presupone el encuentro histórico, real, con un tú concreto, en este caso, Azenaia, la amada del Eremita. Roto el círculo del yo, el canto se orienta al otro.

Miguel Espinosa llama “demonios” a las voces que empujan al Eremita a predicar, con fatal determinación. Se trata de demonios de quinta clase, los últimos, al parecer, en la jerarquía de los espíritus, y, por eso mismo, heterodoxos. Sus nombres, o sus misiones: irritación, ternura y rubor, estados de ánimo que han de caracterizar al Eremita, porque contradicen el ser y el estar de los mandarines, pálidos e impasibles ante la injusticia. La ambigüedad o riqueza significativa del término “demonio”, presente en demasiadas tradiciones (griega, cristiana, medieval, romántica), propicia malentendidos, que perjudican a veces la comprensión del texto. De ahí que lo sustituyera en seguida, en feliz hallazgo, por el término “demiurgo”.

Esos demonios, “comparencias sociales”, según el autor, son correlacionados o puestos en correspondencia, en una ocasión, con los elementos entrañables del Eremita (corazón, alma, ser), de forma que su ser se irrita, su corazón se entenece y su alma se ruboriza. Y es que tal vez sean las mismas personas: unas, proyectadas al mundo exterior; las otras, al interior.

Los mandarines, poseedores de la sabiduría, intérpretes del Libro, representantes de las cosas últimas, relativas a la premeditación, son afines a todos los hombres prudentes e inclinados por el Poder que en el mundo han sido, ya pertenezcan al Sanedrín, ya al Senado Romano, ya al Colegio Cardenalicio. Estos mandarines, en la presente versión, siempre ancianos. El autor todavía no ha dado espesor a sus instituciones, a sus crónicas, con una

época clásica y otra de decadencia, y a su mitología, centrada en la diosa Azenaia. Tampoco ha fijado sus categorías; habla, así, de un Sumo Mandarín, como distinto del Gran Padre. En éste, por cierto, culmina la pirámide del saber, ya esotérico. Él es el guardián de la ortodoxia, y el único capaz de adaptarla a los sucesos, cuando convenga, en nombre de las cosas contradictorias, sí, contradictorias, para que nadie pueda investigar sus decisiones ni enjuiciarlas racionalmente. Cómo no recordar aquí la historia de los dogmas y del papado. La posibilidad, apuntada por el malicioso lego Silvio, de que aquella parte del Libro consagrada a las cosas contradictorias, esté en blanco, no se halle escrita, es uno de los momentos más felices de la obra, momento en que la razón y la sinrazón, el sentido y el absurdo, se dan, sonrientes, la mano.

Quedan los becarios, pretendientes al mandarínazgo, dispuestos a sufrir humillaciones sin cuento con tal de alcanzar su objetivo; los legos, ocupados en tareas administrativas, intrigantes y propensos a la corrupción; y los cabezas rapadas, autoridades cercanas a la gente, de proverbial ignorancia, buenos padres de sus hijos (a propósito de estos últimos, se retoma el tema, tan cervantino, tan español, de los alcaldes asnales).

La ironía del autor hace blanco en los personajes inmodestos, sobre todo en los legos. No es casualidad que sea el Hombre más Orgullosos del Mundo quien se arrodille de continuo ante el Príncipe; o quien se eche al suelo, sin necesidad alguna, a recoger los guantes arrojados por él, mientras los demás permanecen en pie. Pero toda criatura, cada una en su género, puede resultar pretenciosa, como el mendigo y el insecto, también, más orgullosos del mundo.

Tratando de los legos, becarios y cabezas rapadas, Miguel Espinosa parece más preciso que tratando de los mandarines. Quizá porque describiera a éstos desde esquemas y modelos de la cultura universal; y a aquéllos, desde experiencias directas, vividas por él en la España de entonces (visiones de la Universidad, de los Colegios

Mayores, de la Iglesia, del poder local y de la clase media). A los mandarines, por decirlo así, los habría retratado de memoria (con memoria histórico-cultural, no psicológica); a los legos y becarios, con intuición sensible, con percepción alucinada. Y se entiende, por eso, que semejante impresión pidiera, para expresarse cumplidamente, la exageración formal, una estética de grandiosas cifras (veinte mil quintales de sopilla, cincuenta mil vacas, setenta mil piojos, ochocientos mil becarios, un millón de años, etc.), otra característica del libro.

Pero Miguel Espinosa sí tuvo experiencia de los mandarines, y en esa misma España, por imitadores interpuestos (algún rector universitario, algunos jesuitas); los vio tan desdeñosos e hipócritas, que quiso desenmascararlos para siempre, haciendo que hablaran con cinismo. En un lenguaje paradójico, imposible y necesario, entre la mentira y la verdad.

La historia del mendigo Ceferino, relato dentro de otro, casi reproduce, a escala menor, la del propio Eremita. Esta narración, aunque conmovedora, parece el complemento irónico de los memoriales y tratados patrios sobre la reforma de la mendicidad. Según Miguel Espinosa, la caridad con los pobres, al menos la practicada y promovida por la Iglesia española de los años 50, es un medio de hacer merecimientos, y hasta de ejercer la crueldad. En *Escuela de mandarines* (capítulo 43, nota 3), por boca de Lamuro, dice: “Cuanto los mandarines llaman actos morales ordenados por la Escritura, como por ejemplo, la ayuda al necesitado, lleva implícitas ciertas contraprestaciones psíquicas o estéticas, al objeto de compensar al cumplidor del daño originado por la observancia del mandamiento”. Teniendo muy sistematizada la crítica a la caridad eclesiástica u oficial, Miguel Espinosa aísla aquí diez situaciones en las que el caritativo obtiene beneficio de su acción: Así, el bienhechor imagina que se relaciona con la Divinidad; o realiza el bien con desprecio, convirtiendo su

amor en asco; o se siente acreedor a un bien mayor del que realiza; o concilia el precepto con los propios intereses, en actitud ambigua; o lo reduce a prácticas nada costosas, casi simbólicas, como donar unos céntimos; o se cree protagonista, al valorar heroica la acción; o se goza víctima, al considerarla perjudicial para sí; o entiende la existencia de los demás como ocasión de adquirir virtud; o ve la conducta como simple exterioridad, transformando la ética en estética; o la condiciona a un rito que exige a los otros... La dádiva, pues, para mayor gloria, y locura, del dadivoso.

El pueblo se muestra como sujeto paciente: incapaz de acción política y rebeldía, e incapaz, incluso, de alegría y fiesta. Es “gentecilla”, inerme y melancólica. Un coro resignado ante el cual transcurre la historia; un fondo patético sobre el que destacan mejor los sucesos (lector de la novela rusa, Miguel Espinosa habría aprobado la expresión “almas muertas”, para designar a esa gentecilla). Con esto se confirma el cínico punto de vista de los mandarines, según el cual el pueblo y los dioses coinciden en estar conformes con los hechos (por fuerza han de estarlo, pues no intervienen en ellos); la irrelevancia de lo abatido enlaza, así, con la irrelevancia de las alturas. En *Escuela de mandarines*, el pueblo cobrará más vigor o vitalidad, despertado, en parte, por muchos y variados heterodoxos, adversarios de los mandarines, que aspirarán a redimirlo.

Es llamativa la importancia que adquieren los príncipes en esta versión. El joven Miguel Espinosa se deja llevar de la historia de Roma, que conocía y amaba. Los pinta extravagantes y locos; pero también nobles y melancólicos, y aun críticos con el orden mandarinesco, incluido el principado, cosa inverosímil, si bien poética. De creer a biógrafos e historiadores, los grandes romanos no sabían ni podían morir sin recitar antes unos versos, en griego; con aquel linaje entroncan estos príncipes. Miguel Espinosa será más realista después, y no hará ninguna concesión a la espada, o a la estaca, como le gusta decir; y,

con la vista puesta en los totalitarismos, y en el régimen autoritario del general Franco, los presentará como dictadores, histéricos o grises, siempre brutales.

Un contrapeso de la historia de Roma, en Miguel Espinosa, son los mitos griegos. En el capítulo dedicado a la divinización del becario Falca, el autor de *Asklepios* cumple con Grecia, y paga gozoso tributo a las religiones de los misterios, en particular, al culto a Dionisos.

Para el autor, el bufón de un príncipe es idéntico al “filósofo” (lego o mandarín) que le aconseja, pues los dos dicen, en rigor, las mismas palabras. Y si, diciendo lo mismo, éste es tomado en serio, y aquél, a risa y broma, es por algo externo y contingente, resultado de la arbitrariedad del Poder: el gorro de cascabeles, signo diacrítico que da y quita la sabiduría; que hace filósofos o bufones según esté ausente o no; que indica la oposición entre los unos, sin cascabeles, y los otros, con ellos. De ahí las siguientes interdefiniciones: filósofo = bufón al que le quitaron las metálicas bolas tintineantes; bufón = filósofo al que se las pusieron.

Si exceptuamos al pueblo, la gente de estaca, comparada con las demás castas, es la que mejor parada sale, dada su condición de simple brazo ejecutor de la voluntad política de otros. A ella pertenecen los guardianes del Eremita. En la primera versión, mudos e indiferentes con él; en la definitiva, y conforme avanza el viaje, o el relato, más sueltos de lengua (son fuente de refranes) y con más muestras de humanidad, y hasta más preocupados por la suerte de su prisionero, al que no comprenden del todo, y por quien sienten ya verdadero afecto. En el fondo, los escuderos, el contrapunto popular del protagonista.

Murcia, paisaje del autor, también se asoma al libro, bajo la apariencia de “una región caliente del Imperio, donde la gente suele ser habladora, perezosa y malintencionada”. Así la vio, en 1954, Miguel Espinosa.

Juan Espinosa

HISTORIA DEL EREMITA



Dibujo de Pedro Pinto

Miguel Espinosa (1947)

INTRODUCCIÓN

Una vez que el Gran Padre Mandarín se sintió enfermo, después de haber gobernado durante cincuenta mil años, llamó a los doctores de la medicina imperial, y les pidió ayuda.

—Para curarte necesitamos primero una cosa —dijeron los doctores—, y es que nos dejes hablar como sabios, y no como médicos, pues ya conoces la afición de los médicos a hablar como sabios. Perdónanos este atrevimiento por los cincuenta mil años que llevas gobernando.

—Mi viejo corazón se siente débil —contestó el Gran Padre Mandarín—, y no sé si podré soportar el oídos como a sabios. Pero hablad como queráis, pues, a la fuerza, he de escucharos.

—¡Oh Padre! Pon atención y óyenos como a sabios. Lo que tú sufres se llama melancolía, y la melancolía viene del exceso de Poder. Muchos son cincuenta mil años ordenando y viendo cabezas rapadas de gente sumisa. Porque así como la tozudez en ser, engendra la enfermedad de los inocentes, así la tozudez en permanecer, engendra la enfermedad de los sabios. La primera

se llama rebeldía; y la segunda, hastío. Tal es nuestro diagnóstico.

El Gran Padre sonrió, y dijo:

—Bien está el diagnóstico, aprendices de sabios, pillines que aprovecháis la licencia de la sabiduría para echarme en cara los cincuenta mil años de mandato y de ropas gratuitas; también he tenido durante este tiempo criados, luz y agua a costa del Estado. Bien está el diagnóstico, y sé recibirlo como sabio, pero decidme, ¿y la receta?

—¡Oh Padre! —contestaron los doctores—. También te la daremos como la dan los sabios. Tu salud depende de que te vuelvas un poco tonto durante cierto tiempo, pues a veces conviene que la sabiduría baje a tratar con las humildes cosas, y se vista de ganapán.

—¿Y cómo me haré un poco tonto? —preguntó el Gran Padre Mandarín.

Los doctores bajaron la cabeza con rubor.

—¡Oh Padre! —exclamaron con humildad untuosa—. Tú bien lo sabes. Un poco de dinero te hará inmediatamente un poco tonto; y un mucho de dinero, un poco más tonto. Por ningún otro medio se puede volver tonto el sabio.

—Ya, ya —dijo el Gran Padre Mandarín—. Ahora comprendo cómo son los médicos quienes intrigan siempre contra el Poder. Tal ocurre, por lo menos, en mi reino. Pero decidme qué he de hacer cuando me haya vuelto un poco tonto.

—Viaja alegre por las rutas de tu Imperio, y desciende a componer los relojes parados de

los patanes. Conviértete en un poeta que anda leguas, o en un viajero que compra vanidades.

—Esas palabras tienen mala intención. Pero voy a seguir, no obstante, vuestro consejo, pues he decidido tomarme unas vacaciones cada cinco mil años.

Y he aquí que el Gran Padre Mandarín se compró un zurrón y un bastón, y comenzó a recorrer las tierras de su reino. Y cuando se halló de camino, como el más solitario de los hombres, dijo: “¡Oh corrupción y premeditación de las cosas!, hoy os dejo con mis vestiduras de mandarín. El sol luce hoy para mí como una cosa recién descubierta”.

Y como su andar zancudo le llevara al centro de un bosque, echó el zurrón al suelo, y se sentó. Y dijo: “Realmente hay cosas en el mundo que viven como si no hubiera mandarines. A la profunda sabiduría se escapan sus muchas criaturas”.

No es propósito ni empresa nuestra el narrar los sucesos ocurridos al Gran Padre LXV en este insólito viaje, pues sus anales son tan minuciosos que merecían relato aparte. Pero nos ha parecido oportuno contar el primero de los sucesos, precisamente acaecido en este bosque.

Sucedió que estando el Cara Pocha dispuesto a recostarse y contemplar la bóveda del suceso a través de la enramada, avistó multitud de gente que salía de entre los árboles con los brazos abiertos y el cuerpo todo desnudo. El Gran Padre acuclillóse a la manera de quien

otea el terreno, mientras los nudistas le rodeaban poco a poco, formando masa que le vedaba la visión con el espectáculo inmediato de sus desnudeces. Los viejos ojos del Gran Padre contemplaron figuras de todas las edades, niños, muchachas, mujeres, hombres y ancianos; y admiraron la belleza y la fealdad de los desnudos, por lo cual pensó: “Es extraño el paisaje de las vergüenzas; sin duda que el hombre ha nacido para ir vestido”.

Empero, el Cara Pocha sintió cómo se le iban y huían los ojos hacia la desnudez de las muchachas, típicamente sucias y originarias, por lo cual también confesó: “El ojo se escapa hacia las primeras cosas, y cuando se trata del ojo nada valen cincuenta mil años de tratar las cosas contradictorias o razón dialéctica. Por eso se dirá que el ojo y el tacto nunca se educan”.

Como suele inveteradamente acontecer en tales ocasiones, los niños se colocaron en primera fila, muy cerca del Gran Padre; después las muchachas y las gacelas; inmediatamente las mujeres; luego los hombres; y, por último, los viejos y viejas. Contemplando este orden instintivo, el Cara Pocha añadió para sí: “También la desnudez tiene su recato, el pudor de lo feo y lo bello”.

Y he aquí que apareció de entre la multitud un carcamal encorvado, casi todo puro pellejo, que se colocó resueltamente delante de los niños, y allegándose al Cara Pocha, susurró untuosamente:

—¡Oh Totalidad!, perdona nuestra perspicacia, pero te hemos conocido en cuanto te hemos visto. Cincuenta mil años de mando, aunque sea aparente, dan un talante especial e indeleble, que no puede escapar a ningún observador perspicaz. Mas si ello no fuera suficiente, hemos descubierto bajo tu sayo de hombre plebeyo la señal de cien bolsillos, que mostraste al pretender recostarte. Ni siquiera cincuenta mil años de gobierno pueden engañar a cincuenta mil años de desnudez.

—En verdad, ¡oh parvulito! —repuso el Gran Padre—, que has hablado como hombre de experiencia, aunque tus palabras son un tanto desvergonzadas. Empero, te perdono por ir desnudo, ya que un bípedo así desvestido no puede hablar con vergüenza.

Como el Cara Pocha dijera tal sin dejar de contemplar las gacelas, el viejo agregó:

—Perdónanos, ¡oh Gran Padre!, que da suelta al ojo, pero comprenderás que no podíamos dejar pasar la ocasión de hablarte y pedirte un favor que anhelamos desde hace un millón quinientos mil años.

—¡Di pronto!

—¡Oh Tolerancia!, perdónanos y contempla cuantas gacelas quieras. Aún hay otras que no han venido, porque son tan inocentes que perdieron el interés de admirar novedades. Dispensa que la carne de gatita te desprecie así, pero todavía hay cosas que viven de contemplarse a sí mismas.

—Si acaricias alguna fechoría —puntualizó el Gran Padre—, he de avisarte que no pienso pasar del ojo, pues soy suficientemente viejo para comprender las cosas que convienen y no convienen a un mandarín. Por lo demás, no olvides de hablarme con el debido respeto, aunque contemple a las muchachas.

—Perdónanos, ¡oh Gran Padre!, perdónanos por lo que ve tu ojo, pues un hombre desnudo no sabe de cortesías —replicó el viejecillo agachándose—. No de las muchachas, sino de las cosas primeras y de las cosas últimas queríamos hablarte. Mira: desde que nacimos desnudos, nuestras almas están en las cosas primeras, y no salen de ellas, pero mientras quieren estar en las cosas últimas. Esta carne desnuda nos maniatada el espíritu; quiero decir, que no nos deja ser espirituales y moralistas. De vernos así, dijo alguien: el hombre desnudo carece de alma.

—¡Qué paz para mi espíritu! —exclamó el Gran Padre Mandarín, sin quitar el ojo de las muchachas desnudas—. ¡Qué senos, qué vientres, y qué caderas tan pacíficas! Verdaderamente se dijo bien cuando se dijo: Las cosas primeras dan sosiego a los sabios. Verdaderamente hay cosas tan bellas como la sabiduría.

Luego volvió la cara hacia el viejecillo, que le esperaba todo encogido, y añadió:

—Y tú, charlatán desnudo, extraño pellejo que conoce la retórica de los cortesanos, dime: ¿qué pretendes con esas palabras?, ¿qué quieres de mi corazón?

—Perdónanos, ¡oh Gran Padre! Perdónanos, ¡oh corazón magnánimo!, pero déjame que te hable de viejo a viejo y de pellejo a pellejo, de zorro a zorro y de pendón a pendón. Por una sola vez consiente que un hombre sin bolsillos te hable como un igual. Consiéntelo por los cinco mil años que estoy esperando esta ocasión.

—Sabandija rezumante, habla, y dime qué quieres.

—Perdónanos, ¡oh Padre! —replicó el viejecillo, todo untuoso y encogido—. Perdónanos por la paz que te han dado estas muchachas. Pero tú eres lo bastante viejo y sabio para saber lo que queremos.

—¿Queréis que os regale un alma? ¿que os traiga la moral?, ¿rubor para vuestras mujeres?, ¿taparrabos para vuestras vergüenzas?

—¡Oh Gran Padre!, ¡oh Gran Padre! Perdónanos, pero tú sabes que no es eso lo que queremos.

—Pellejo falluto. Solo entre iguales se adivinan los pensamientos, y yo no soy vuestro igual. Habla, pues, con tus palabras.

—Perdónanos, ¡oh Padre! —recalcó el viejecillo—. Pero tú sabes lo que queremos. La desnudez se tapa con bolsillos, con bolsillos comienza el traje, y con el traje la civilización y la moral. Entre las cosas primeras y las cosas últimas se interponen los bolsillos, ¡ay!, que son el principio primero de toda nobleza. El hombre desnudo tiene un defecto que no me gusta: y es, que no se puede meter las cosas en el bolsillo.

Por eso, no progresa, carece de moral, desconoce la cortesía y siempre habla con desvergüenza. Tal es nuestra historia de gente estancada en la Naturaleza, por culpa de los bolsillos. Nosotros, los nudistas, carecemos de historia universal. Perdónanos, ¡oh Gran Padre! —repitió el viejecillo en medio de este discurso, como si temiera, de pronto, del mandarín.

Luego prosiguió, y dijo:

—Dieciséis bolsillos tiene el vestido de un hombre vulgar, y treinta y dos el de un mandarín; cien, el tuyo. Desde que la civilización lo es, los sastres no acaban de cortar bolsillos. Mira, pues, lo que queremos, confinados aquí como estamos. La caridad de tus grandes damas, la moral y el rubor de las señoronas, la conciencia de los alcaldes de tu reino, nos han ofrecido, repetidas veces, menguados trapos para nuestras vergüenzas, porque dicen que así insultamos al cielo y a las buenas costumbres, yendo en cueros, como vamos. Pero nunca han querido darnos bolsillos, pues niegan que el bolsillo sea el principio del traje, del rubor y de las buenas costumbres. Quieren contentarnos con taparrabos, y no saben que las vergüenzas se cubren mejor con bolsillos. Mira, Padre, que no pedimos cien, ni treinta y dos, ni siquiera dieciséis, sino solo ocho, y el mayor delante de nuestras vergüenzas. Es justo que así sea, si bien se piensa, pues todos desnudos somos iguales, pellejos viejos y cueros vacíos, excepto las muchachas, que son bellas y tienen calor. Perdónanos, ¡oh Gran Pa-

dre! —añadió con unción—. Pero tú ya sabías estas cosas.

Y he aquí que todos los nudistas se pusieron a besar las manos del mandarín, adulándole y diciendo:

—¡Oh Gran Padre!, ¡oh Gran Padre!, danos bolsillos.

Pero el mandarín se levantó, cogió el zurrón y el bastón, se sacudió el polvo de las vestiduras, y dijo:

—¡Qué sé yo de bolsillos! Yo sé del bien y del mal, de las primeras y de las últimas cosas, pero no de bolsillos. Si queréis bolsillos, id a los sastres.

Y se fue, dejando a los nudistas en espera de otro salvador.

Otras fuentes apócrifas cuentan que cuando el Gran Padre Mandarín hubo escuchado el último discurso del viejecillo, se puso en pie, se rasgó las vestiduras delante de los nudistas, y dijo:

—Blasfemado has, corruptor de la moral. Agradece al cielo que esté de vacaciones cuando yo lo estoy, porque tu pecado es pecado de ateísmo. Pues se dijo: el espíritu quiere taparrabos, y no bolsillos.

A lo cual respondió el viejecillo:

—Perdónanos. ¡Oh Gran Padre! que te rasgas las vestiduras delante de los hombres que van en cueros. Ten cuidado de no arañarte, y perdona también que nosotros no te imitemos.

—Si carecéis de vestidos, rasgaos la carne, y haced penitencia. Que vuestra desnudez sea vuestra penitencia.

—¡Oh Gran Padre!, danos bolsillos, y no adules nuestra fe en el más allá. Sutil costumbre de los que tienen bolsillos es adular el afán de justicia de los inocentes.

Y entonces fue cuando el Gran Padre Mandarín dijo:

—¡Qué sé yo de bolsillos! ¿Acaso soy sastre? Yo sé del bien y del mal, de las primeras y de las últimas cosas, pero no de bolsillos. Si queréis bolsillos, id a los sastres.

Y se fue.

Y he aquí que el Gran Padre Mandarín salió del bosque de los nudistas, prosiguió su camino, siguió la ruta de los vagabundos, y conoció, por vez primera, las montañas, las mesetas y los valles de su reino. Y cuando hubo conocido todo esto, se dijo: “Estoy contento de mi viaje, pues he aprendido que las ciudades están en medio del campo, y que todavía existe algo que soporta a los hombres con más modestia y callada paciencia que la sabiduría: la Tierra”.

Por lo cual, compuso y cantó esta canción, doblemente esotérica:

Canción a la Tierra

¡Oh Tierra!, ¡oh Tierra! Eres lo primero que está ahí, lo primero y lo más humilde que posee presencia perenne. Después de los dioses, que tanto soportan, no hay una cosa más sencilla que tu silencio ingrávito, ni mejor que tu vieja costumbre de ver, callar, ser bella, candorosa, ingenua y generosa.

¡Oh Tierra!, ¡oh Tierra! Si la sabiduría no existiera, yo te amaría más que a todas las cosas de este viejo mundo: niños, mujeres y Poder, amores de un corazón antiguo.

¡Oh Tierra!, ¡oh Tierra! Te has adelantado a mis virtudes, a mis virtudes te has adelantado mucho antes de que yo fuera niño, antes de que naciera recién hecho, cuando todavía eras muchacha, gacela sumisa, sencilla, hermosa, en espera de que sucedan las cosas, confiando que los mandarines nazcan.

¡Oh Tierra!, ¡oh Tierra! Me has enamorado por buena, fiel, paciente, y por todas las gracias naturales que posees con tanta humildad. Por eso eres la esposa que yo quisiera, la que conviene a un corazón de señor.

Cantado esto, se ruborizó el Gran Padre Mandarín, después de cincuenta mil años de cara pocha, por lo cual pensó: “Nadie deberá saber que he compuesto esta canción, ni que me he enamorado de la Tierra. Así será esta canción dos veces esotérica: por cantar la primera de to-

das las cosas, y por ser prueba de la debilidad de un sabio”.

Y el Gran Padre comprendió que había sido el amor de la Tierra quien le había ruborizado. Y añadió: “Escrito está que el sabio no ha de poner su corazón en las cosas; pero también se ha dicho que un viejo corazón se siente atraído por los pequeños sucesos”.

Y después de esto, como el Gran Padre Mandarín se notara melancólico, entró en un pueblecillo, para beber agua de los hombres. Y sucedió que fue reconocido seguidamente por la gentecilla, que vino presurosa a honrarle, mientras admiraba su porte, contemplaba su cara, tocaba sus ropas y aspiraba el olor de su cuerpo. Y todos, en viéndole, decían: “Ciertamente tiene porte de gran señor”.

Y es que el Gran Padre se sentía un poco alejado del alma de aquellas gentes, del pueblo y de los problemas del pueblo. Por lo cual se dijo: “La profunda alegría de las cosas vuelve melancólicos a los grandes espíritus. Porque no pueden remediar que los hiera el contento tanto como la tristeza. Por eso, todo porte de señor distinguido pronuncia alejamiento de los naturales goces de los inocentes”.

Y he aquí que la gentecilla se puso a susurrar delante del Gran Padre, hablando de su persona como si estuviera ausente. Y decían:

—Así nos imaginábamos a nuestro Gran Padre, siempre austero, siempre melancólico,

nunca riendo; porque la tristeza es la compañía de los grandes señores.

Y le besaban las sandalias.

Y todos, mirando su cara, sentían reverencia y miedo.

Y una mujeruca zarrapastrosa dijo:

—Si guiñara el ojo y dijera chistes, ya no sería el Gran Padre Mandarín. Sería un chistoso.

Y el Gran Padre pensó: “La gentecilla es insolente. Si no fuera por el amor de la Tierra, no merecería la pena haber recorrido medio mundo para oír estas cosas”.

Y, pensando esto, vio venir hacia su figura un grupo de hombres maduros y rasurados, que, por sus maneras, vestidos y aspecto, parecían los principales del pueblo. Traían aires de maestros rurales, funcionarios o servidores oficiales del Príncipe.

Y el Gran Padre, en viéndolos, dijo:

—En verdad, en verdad que el Poder es triste y menesteroso en sus pequeñas células. No me gustaría saber que la grandeza del Príncipe se funda sobre esa comitiva de cabezas rapadas.

Y como el grupo se le acercara hasta sus plantas, el Gran Padre añadió:

—Estos son los hombres.

Y se sintió más melancólico.

Mas la comitiva llegó, decidida, hasta el propio terreno del mandarín, y, apartando la curiosidad de los niños, el fervor de las mujeres y el asombro de la gentecilla toda, dijo:

—¡Oh Gran Señor nuestro! Nosotros somos los buenos padres, que venimos a saludarte como parvulitos. Perdona la impertinencia cerril de la gentecilla, y consiente que intermedemos entre tu sabiduría y su ignorancia.

—¡Oh buenos padres!, yo os agradezco vuestro interés. Dejemos la sabiduría y la gentecilla, y vamos a ver el pueblo y sus alrededores, pues viajo como caminante, y voy de incógnito.

—¡Oh Gran Padre Mandarín! Perdona que te hayamos conocido, yendo de incógnito. Ha sido la gentecilla quien dio primero el grito. Tú ya sabes que la gentecilla es así: que no respeta el incógnito de un gran señor, porque cree que los grandes señores son algo que le pertenecen. Es chusma que no sabe nada de la propiedad, y que, por tanto, ignora que un mandarín lo es siempre en propiedad.

—Pero vosotros no sois como la gentecilla, y sabéis lo que es ir de incógnito.

—Por propia experiencia, por propia experiencia, lo sabemos, ¡oh Gran Señor! —contestaron los cabezas rapadas.

Y el Gran Padre pensó: “No sé cómo aguanto tanta insolencia y presunción de estos patanes adocenados. Se han enriquecido, chupando la sangre de la gentecilla, y ahora dicen que también viajan de incógnito. A decir verdad, no merecía la pena haber llegado hasta aquí”.

Mas, enseguida, dijo:

—Acompañadme, pues, a través del pueblo, en busca de una salida al campo.

Los cabezas rapadas rodearon al Gran Padre Mandarín, y se pusieron en marcha. Y detrás iba la gentecilla, saltando y brincando de alegría. Por lo cual se dijo que la gentecilla es fácil de contentar.

Y he aquí que, al llegar a una calleja sin nombre, apareció la figura de un viejo andrajoso y sucio, que comenzó a gritar delante de la comitiva. La gentecilla se alarmó de verle, y empezó también a dar berridos, diciendo:

—¡El eremita!, ¡el eremita!, ¡el santo!, ¡el santo!

Y los buenos padres le recriminaron, añadiendo:

—Vete de aquí, loco. Vete de aquí, santo estúpido.

Pero el viejo se paró en medio de la calle, dando saltos y voces, por lo cual, los buenos padres se lanzaron contra él, y le cogieron de los brazos, empujándole, y diciéndole:

—Vete, maldito santo, que llevas el demonio dentro. Huye de aquí, poseído.

Y la gentecilla seguía chillando:

—¡El eremita!, ¡el eremita!, ¡el santo!, ¡el santo!

Y muchos buenos padres arrancaban, en la lucha, trozos de harapos del viejo, y daban gritos de asco. Y decían:

—Tiene piojos.

Mas el Gran Padre Mandarín, viendo todo esto, sintió repugnancia, y dijo:

—Dejad que se acerque.

Y la genticilla calló, y un gran silencio invadió la comitiva.

Entonces se abrió la guardia de los buenos padres, y el viejo se acercó al mandarín, y se postró en tierra, todo conmovido, y juntó las manos, en ademán suplicante.

—¡Oh Gran Padre!, ¡oh Gran Padre! —dijo con voz cansada.

Y el Gran Padre añadió:

—Sigue. Dime qué quieres, viejo demonio.

Y el viejo alzó las manos, cruzadas, hasta implorar al mandarín, y dijo:

—¡Por piedad!, ¡por piedad!, ¡oh Gran Padre Mandarín! Déjame que te escupa en la cara, y que, después, me muera. Perdona este capricho, y déjame que lo haga por los cincuenta mil años que llevas gobernando, por los cincuenta millones de comidas que has engullido en ese periodo. Hazlo, también, por los veinte mil quintales de trigo que ha cocido tu estómago.

—Vegetariano sin dientes, devorador de raíces, entrañas resacas, piel de momia —exclamó el Gran Padre—. ¿Cómo has contado mis comidas?

Y el viejo mostró su carne, y dijo:

—Mira: Cada vez que tu engullías, yo hacía una señal en mi carne. Contempla cómo está mi piel, como un mapa arrugado. Tus dientes la han mordido durante cincuenta milenios.

—¿Y qué importa la comida y la carne? ¿Acaso no vale más el espíritu?

El viejo soltó una carcajada estruendosa, y dijo:

—No me hagas reír, Cara Pocha. No me hagas reír, que estoy viejo y se me rompen los huesos. A mí no me hables con el diccionario del pueblo. Háblame con tu propio diccionario, y deja que te escupa a la cara.

Y dicho esto, quiso cumplirlo. Pero uno de los buenos padres se interpuso en su camino, le cogió de los hombros, y le dijo:

—Escucha, santo. Durante cinco mil años tú has sido bueno y sencillo, como conviene a un eremita. No quieras ahora romper, con una acción tal, el encanto de una vida tan ejemplar. Mira que escandalizas al pueblo. Como todo hombre puro, eres cruel, porque buscas la verdad y quieres imponerla contra la necesidad de lo conveniente. Pero yo te digo: Mira si la verdad es tan necesaria como tú crees. Nosotros somos los buenos padres, que tenemos hijos, mujeres y haciendas. Medita y dime: ¿Qué nos importa a nosotros la verdad?, ¿y qué le importa a la gentecilla que solicita pan y hembras? Deja, pues, que las cosas sigan como están; deja que se diga: No solo de pan vive el hombre; deja que los mandarines coman millones de comidas, y deja que nosotros también comamos lo que podamos alcanzar buenamente. Deja que los mandarines sucedan a los mandarines; deja que los buenos padres eduquen a sus hijos. Y deja que la gentecilla bese las manos a su señor. El mundo no está tan corrompido como tú crees, pues cada uno tiene la

razón de su estómago, y el estómago es inocente. Cierto es que tú no puedes comprender esto, porque eres vegetariano y comes raíces, pero no debes juzgar las cosas por la atonía de tus intestinos. La verdad es también algo que come poco, y que, por tanto, odia los buenos dientes de un tragapuerco. Los hombres de espíritu han temido siempre a la gente que come poco, porque suelen hacerse amigos de la verdad.

El viejo fue a contestar, y la gentecilla le cortó, gritando:

—Nosotros queremos la verdad, porque somos tan pobres que no nos importa cambiar de amo.

Y, diciendo esto, la gentecilla daba saltos alborotados.

—Mira, santo —añadió el buen padre—. Mira lo que han hecho tus palabras: soliviantar la gentecilla, que pide la verdad como quien pide la huelga, el alboroto y la guerra. La verdad les hará crueles, porque, en el fondo, desean ver rodar nuestras cabezas rapadas. Pero yo te digo: Ni para la gentecilla ni para la verdad se hizo este mundo. Por eso Dios ha creado el cielo: para que los eremitas, la gentecilla y la verdad tengan su justicia.

—¡Perdona, buen padre! —replicó el eremita—. Tus palabras me dan asco. Has hablado como un hombre sensato, y tú bien sabes que a los eremitas no se les puede hablar con sensatez, pues la sensatez contraría nuestra afición por lo trágico. Bien se nota que eres un cabeza rapa-

da, sin trato mundano ni otra educación que la del estómago, un patán sin más intuición que la del hambre; otro espíritu más fino, un corazón de verdadero señor, hubiera usado palabras de mejor raza. Tu presunción te ha hecho creer que hablabas contigo mismo; y eso es lo que no soporto. Perdona que me exprese así, pero no puedo remediar la irritación que me produce tu presencia.

El buen padre pareció ruborizarse de esta respuesta, porque toda su cara se coloreó vivamente, y las cicatrices de su cabeza se volvieron rojas. Pero todavía habló, y dijo:

—Eres incorregible. La afrenta y la desvergüenza van siempre en tus palabras. Mas yo sé tratar a los eremitas tozudos con un buen palo. Vete, y déjanos ahora; vete y rómpete la sesera contra lo irremediable de los sucesos.

—No te enfurezcas, buen padre —dijo el viejo—. No te enfurezcas, que te pones feo. Ahora comprendo por qué llevas cicatrices en la cabeza; son los estigmas que dejaron las pedradas de los hijos de la gentecilla, cuando huías de ellos, como un cobarde, porque les robabas el trigo de la chusma. Entonces eras un pastor de cabras, que restregaba la panza por el estiércol de los cabrones. Escucha y dime: ¿De dónde te viene la sensatez, sino de la cobardía? Todos los cobardes son como tú: sensatos y triposos. Pero no quiero hablar más contigo, enterrador de carnaza. Si saco la verdad y te la estampo en los sesos se nos va acabar la sensatez en el mundo.

Algo me dice que si se acaba la sensatez, se acabará también la raza de los buenos padres.

Cuando el buen padre oyó esto, quiso pegar al viejo, pero la gentecilla se alarmó, y dijo:

—¡Cuidado, cabeza rapada! Un día matamos a un buen padre, y ahora hay mil. Si el eremita muere, nacerán cien mil.

El cabeza rapada detuvo su brazo, volvió el rostro a la gentecilla, y dijo:

—Escuchad, amigos: Yo os compro al santo por trigo rubio.

La gentecilla rumoreó entre sí; después contestó:

—Un santo ha de valer mucho trigo.

Y como el viejo oyera esto, comenzó a gritar, diciendo:

—¡Oh gentecilla, gentecilla! ¿Me vais a vender por trigo? ¿Vais a vender la verdad por el gusto del estómago? ¿Vais a manchar vuestra pobreza con una acción de rico?

La gentecilla suspiró, y dijo:

—¡Oh buen santo, buen santo! Perdónanos, pero estamos hambrientos. No es solo nuestra hambre, sino el hambre de nuestros padres y de nuestros abuelos quienes te venden. Ten misericordia de nosotros, corazón humano, y advierte que con este negocio comerán nuestros hijos.

Se puso a gemir y a lanzarse tierra al rostro.

Y el viejo dijo:

—Si hacéis eso, yo os maldeciré y os anunciaré el odio de todos los pobres, de las manos

que se tienden a la dádiva, de vuestros hermanitos de corazón tierno. La ingenuidad de vuestros hijos se volverá hosca, la carita de los niños famélicos ya no será la alegría de vuestra pobreza. Y jamás llegaréis a estar unidos, pues el trigo y el estómago os separarán de la verdad. Tampoco seréis el amor puro de la verdad, ni la irremediable afición de nosotros, los santos. ¡Oh gentecilla de mi alma!, como yo os amo, nadie os podrá amar, porque sé que sois la inocencia y la tragedia; el dolor callado y la espera silenciosa.

En oyendo esto, la gentecilla aumentó su gemido hasta los ímpetus del llanto.

—¡Perdónanos, santo nuestro, hijo de nuestras pobrezas! Son los hijos quienes nos llaman a esto. Perdónanos y ruega por nosotros, tú que también fuiste, un día, niñoito ojeroso.

—¡Oh cuando yo era niño! Entonces me sabía el país a dulce. Pero la Tierra ha envejecido mucho desde entonces.

Y la gentecilla añadió:

—¡Oh cuando tú eras niño!

Y el viejo, todo lleno de lágrimas, dijo:

—¡Oh gentecilla de mi alma! Perdonad que pierda mi pudor, pero yo os amo. He venido a escupir la cara del Gran Padre, y me veo cambiado por unos quintales de trigo. Vosotros habéis venido a besar las manos del Gran Señor, y os veis vendedores de santos. Tal importa en nosotros la fuerza oscura del destino. Ellos, los cabezas rapadas y el mandarín, son hombres

de porvenir; nosotros, gente de destino. Esa es la mayor diferencia que separa al hombre del hombre.

Entonces intervino el Gran Padre Mandarín, cuyo corazón estaba conmovido de contemplar esta escena. Y dijo:

—¡Basta ya! No está bien que se venda un santo. Pues dice el Libro: Es irremediable que haya santos y que haya genticilla.

Y la genticilla, en oyendo esto, se arrodilló delante del Gran Padre, y dijo:

—¡Oh corazón de señor magnánimo!, cara pocha que se ruboriza con la luz de la verdad. Ten misericordia de nosotros y de nuestros hijos. Danos pan y danos al santo.

Y, diciendo esto, lloraban todos.

El Gran Padre se ladeó de la chusma, recogió sus vestiduras, y dijo:

—¡Qué sé yo de pan y qué sé yo de santos! ¿Acaso soy panadero o clérigo? Yo sé del bien y del mal, de las primeras y de las últimas cosas, pero no de pan y de santos. Si queréis pan o santos, id a los panaderos o al Sumo Hacedor.

Y, aprovechando la confusión de la genticilla y la admiración de los buenos padres, se esfumó, camino del campo.

Cuando el Gran Padre Mandarín se halló, de nuevo, en medio de la tierra, y lejos de la grietería humana, dijo:

—En verdad que la lejanía de los hombres da sosiego al alma.

Y comenzó a caminar despacio por las sendas de las montañas.

Pero al bajar un soto, vio aparecer al viejo eremita, que le esperaba como una sombra, tras unos arbustos. La caída del crepúsculo confundía los harapos del santo con los leños del campo, y, como era otoño, ponía en el viejo y en las cosas la dulzura de la melancolía.

Y, en viendo al eremita, el Gran Padre pensó: También la Tierra tiene este paisaje.

Y como el santo no se moviera, ni hiciera mueca alguna, el Gran Padre se le acercó, y los dos se contemplaron, como fantasmas, a través de las ramas de los arbustos.

Y el viejo habló susurrando, como si temiera ser oído, y dijo:

—Perdona que te hable en este tono de falsete, pero no lo hago por confianza, sino por evitar que el eco coja mis palabras. Pues el eco es un traidor que caricaturiza nuestros vocablos. Ten, por tanto, cuidado al hablar, que no te oigas a ti mismo, y te pierdas. Que una vez me oí yo a mí mismo, y estuve a punto de morirme de risa.

Y como el Gran Padre notara que el viejo estaba mucho más tranquilo que en el pueblo, le dijo:

—Te veo con más paz. Háblame ahora como quieras.

—No temas que te insulte, pues estoy en el campo, y el campo es como mi propia casa. Tú eres ahora mi huésped.

—Tú eres un santo como todos los santos, que se mueven por demonios internos. Ahora tienes el demonio de la paz.

—Mi demonio me dice que te felicite —contestó el viejo—. Has hablado a la gentecilla como hablan los sabios. He de reconocer que sabes hacer sutiles distingos.

—Advierte que ni la gentecilla, ni los cabezas rapadas, ni los santos son cosas nuevas para mí. Ahora mismo acabo de adularte, sin que tú lo hayas notado. Te he dicho que albergabas un demonio, y tu cara se ha iluminado de gozo. Desde muy antiguo sé que los santos quieren codearse con el demonio.

—Si no estuvieras en mi casa, te diría que eres un tunante —replicó el eremita—. Ni siquiera sientes piedad de la debilidad de un santo. Pero no creas que calas tan hondo. Tú también, en el fondo, crees tener otro demonio.

Y luego, guiñando el ojo, añadió:

—Tú te crees irremediable.

Mas como el Gran Padre no se inmutara, el viejo creyó que se había molestado, y dijo:

—Perdona, Gran Padre, pero consiente que te hable así. Recuerda que somos de una misma edad.

—¡Ay eremita, eremita! Veo que posees el instinto de la duda, que da raza a los sabios. Dime: ¿quién te ha enseñado tales saberes?

—Las cosas, Padre. Cuando un hombre pierde la voz de los hombres, comienza a hablar con las cosas. Porque de dos maneras se hace

sabio el muchacho que va creciendo: por el trato con la canalla de los hombres, o por el trato con la soledad.

—No está bien que hable así un santo —dijo el Gran Padre—. Pareces un eremita desengañado y escéptico.

—Mira, Gran Padre. Está bien que exista la duda, porque si no existiera, yo me aburriría comiendo raíces y haciendo oposiciones a la felicidad futura, como un cabeza rapada cualquiera. Tú bien sabes que éste es el mejor de los mundos, y que cuanto sucede es absolutamente necesario... Pero escúchame con paciencia, que quiero contarte una larga historia.

—Habla. Mas no hagas gestos, pues ten en cuenta que la noche ha caído, y no te veo.

Y la voz del eremita salió de entre los arbustos, diciendo:

